so tesoro, donde cuanto más se toma, más hay que tomar. No dependerá, pues, más que de ellos enriquecerse con abundancia de toda clase de bienes y de gracias; porque es por este medio eficaz que les presenta, por el que ellos podrán desempeñar perfectamente, según su deseo, el santo ministerio de caridad al cual han sido destinados. Porque este Divino Corazón derramará de tal manera la suave unción de su caridad sobre sus palabras, que penetrarán como una espada de dos filos los corazones más endurecidos, para hacerlos sensibles al amor de este Divino Corazón, y las almas más criminales serán conducidas por este medio a una penitencia saludable"[10].

El sacerdote que mediante esta devoción haya experimentado la dulzura del amor a Jesús, y la confianza ilimitada en su misericordia, podrá decir con eficacia a los pecadores, con un amor y suavidad semejante a los del discípulo amado: "Hijitos míos..., no pequéis; pero, si alguno pecare, tenemos un Abogado ante el Padre, Jesucristo, el Justo, que es propiación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo" (1Jn 2,1.2).

El sacerdote consagrado de veras al Corazón de Jesús y reparador con El difundirá el buen olor de Cristo por doquiera. Como lo hacen aquellos apóstoles que en la sinceridad y simplicidad de su corazón han ofrecido a Dios todas sus cosas, sin reservarse ninguna; y ven con gozo un pueblo ingente de almas que conducen a la salvación y a la santificación.

Y, como el gran Apóstol de las gentes, en los éxitos de su apostolado podrán decir con inmenso agradecimiento: "Doy gracias a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo, y en todas partes manifiesta por nuestro medio la fragancia del conocimiento de Cristo, porque somos buen olor de Cristo..." (2 Cor 2,14.15).

---

10 Al P. Croiset, 10 de Agosto 1689; *Vie et oeuvres*, tom. II, p. 532

Su confianza la tienen por Cristo en Dios, y su suficiencia proviene de Dios, que les hizo ministros idóneos del Nuevo Testamento (2 Cor 3,4-6).

Maravillados del fruto inmenso que Dios producirá por su ministerio, como Pedro después de la pesca milagrosa no pudo decir sino: "apártate de mí Señor, que soy pecador..."; así ellos volverán sus ojos a la propia miseria (siempre la obra de Dios va acompañada de los sentimientos de la propia bajeza) y se pasmarán de que por medios tan ruines haya hecho cosas grandes el que es Todopoderoso y tiene nombre de Santo; o, como San Pablo, cantarán la misericordia de Dios, porque a ellos, mínimos entre los santos, se les dio la gracia de anunciar entre todas las gentes las riquezas inagotables e insondables de Cristo (cf. Eph 3,8).

El que confía trocará su fortaleza

Sí, los que esperan en el Señor renuevan las fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren y no se fatigan, andan y no se cansan (Is 40,31).

Si es uno débil, se hará fuerte; si es pobre, se hará rico, con los tesoros del Corazón de Jesús.

La confianza es la llave para abrir los tesoros del Corazón de Jesús. En unas revelaciones de SOR BENIGNA CONSOLATA leemos estas significativas

palabras, que se atribuyen a Jesús: "¿Sabes quién disfruta más de esta bondad mía? Aquellos que tienen más confianza. Las almas confiadas son las ladronas de mis gracias. Me las roban con tanta habilidad, que Yo me quedo mirándolas, y por cierto que no las molesto gritando: ¡ladrón!; al contrario, las animo a que tomen más. Para las almas confiadas siempre hay gracias"[11].

Las palabras de la Sagrada Escritura son un canto frecuentísimo a la confianza, puesta no en los hombres, sino en Yahveh. Son un aliento ininterrumpido para esta virtud teologal, que honra inmensamente a Dios, y tiene por motivos la bondad, la omnipotencia, la fidelidad de Dios.

"Así afirma Yahveh: Maldito el hombre que confía en el hombre, y hace de la carne su auxilio, y de Yahveh se aparta su corazón. Será como tamarisco en la estepa, que no percibe, cuando llega, lo bueno, y habita los lugares calcinados del desierto, la tierra salobreña e inhabitable.– ¡Bendito el varón que confía en Yahveh, y es Yahveh su confianza! Será como árbol plantado junto al agua, que extiende hacia la corriente sus raíces y no teme cuando llega el calor, permaneciendo verde su follaje; en el año de sequía no se preocupa ni deja de producir fruto" (Ier 17, 5-8)[12].

---

11 *Revelaciones del Corazón de Jesús a Benigna Consolata*, Granada Misioneras Hijas del C. de J. 1952, p. 20.

12 Traducción de la Biblia Bover-Cantera

Seríamos interminables, si citáramos todos los lugares de la Escritura santa que nos animan a la confianza en Dios. Pero nosotros los podemos aplicar todos a lo que es la expresión más bella y significativa de la bondad y misericordia de Dios: al Corazón de Jesús. ¡Feliz el que ha escogido esta morada para habitar en ella eternamente![13]. ¡Feliz el que vive así a la sombra del Altísimo y bajo el amparo del Todopoderoso!

Hay un salmo, que los sacerdotes recitamos con frecuencia, en las Completas dominicales y de las fiestas principales, que es un canto expresivo de confianza segura e ilimitada. Y precisamente para la oración antes del sueño y del descanso: las Completas. Vale la pena que lo transcribamos íntegramente.

"Tú que vives al amparo del Altísimo,
tú que moras a la sombra del Omnipotente.
Di al Señor: "¡Refugio mío y alcázar mío,
Dios mío, en quien confío!".
Porque El te librará del lazo de los cazadores,
de la peste perniciosa.
Con sus plumas te protegerá,
y bajo sus alas te acogerás:
escudo y broquel es su fidelidad.
No temerás de espanto nocturno,
ni de saeta que vuela de día.
Ni de pestilencia que vaga en las tinieblas,

---

13 Himno antiguo de Laudes de la fiesta del Corazón de Jesús.

ni de mortandad que hace estrago en pleno día.
Caigan mil a tu lado, y diez mil a tu derecha,
que a ti no se acercará.
Ciertamente con tus ojos mirarás,
y verás la recompensa de los pecadores.
Porque tu refugio es el Señor,
y pusiste al Altísimo por tu fortaleza.
Ningún mal te tocará,
ni se acercará el azote a tu morada.
Porque a sus ángeles te encomendó,
para que te guarden en todos tus caminos.
En sus manos te llevarán
porque tu pie no tropiece en la piedra
Sobre el áspid y la víbora andarás,
hollarás al león y al dragón".

"Por cuanto se allegó a Mi, Yo le libraré,
le protegeré, porque conoció mi Nombre.
Me invocará y Yo le escucharé.
Con él estaré en la tribulación,
le libraré y le honraré.
Con larga vida saciaré su deseo,
y le mostreré mi salvación" (Sal 90)[14].

Yahveh mostrará a Jesús, que es la salvación que envía; mostrará el Corazón de Jesús y en El el refugio y alcázar segurísimo donde descansar.

Y con esta esperanza firmísima, la seguridad de las divinas promesas.

---

14 Traducción de Valentín M. Sánchez Ruiz, S. J. *Nuevo Salterio latino-español*, Madrid 1946, salmo 90, p. 297-299.

Las promesas del Corazón de Jesús

¡Qué regaladas para los que vivan la entrega y consagración! ¡Qué consoladoras para las almas afligidas!

Ya se han hecho famosas y se han divulgado, como resumen de diferentes enseñanzas y escritos de Santa Margarita María. Oigámoslas otra vez; y, sobre todo, meditémoslas otra vez.

Es ya muy conocida la promesa de los nueve primeros viernes. Recordemos ahora las otras.

Se refiere sobre todo a las almas verdaderamente devotas del Sagrado Corazón:

Les daré las gracias necesarias para su estado.

Daré la paz a sus familias.

Las consolaré en todas sus necesidades.

Seré su refugio seguro durante la vida y en particular en la hora de la muerte.

Bendeciré todas sus empresas.

Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano inmenso de la misericordia.

Las almas tibias se harán fervorosas.

Las almas fervorosas se elevarán a gran perfección.

Bendeciré las casas en que la imagen de mi Corazón esté expuesta y sea honrada.

A los sacerdotes les daré la gracia de mover los corazones más duros.

Los nombres de aquellos que propaguen esta devoción estarán escritos en mi Corazón y jamás serán borrados de él.

Jesucristo ayer, hoy y siempre.

V. EL AMOR EN EL CRISTIANISMO Y EN LA HISTORIA DE LA SALVACION

Juan Pablo II ha escrito en su primera encíclica: "El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprendido; su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente" (Redemptor hominis n. 10).

Por eso Dios, por eso Cristo Jesús nos habla de su amor, nos han revelado los torrentes de amor que atesoran, para volcarlos sobre nosotros.

"La revelación del amor de Dios es definida misericordia, y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo" (ib. n. 9).

En Jesucristo se revela el Padre; Jesús es el rostro de Dios, la faz de Dios –como lo desarrolló bellamente Fr. Luis de León en *Los nombres de Cristo*–. Para conocer a Dios la manera más fácil es conocer a Jesús de Nazaret; para conocer el amor que Dios nos tiene y el fuego de amor que abriga el corazón de Dios (puesto que Dios es caridad) lo mejor será cono-

cer el amor que se encierra en el corazón de Jesucristo.

¡Oh si nos cupiera la dicha de conocer y medir, en cuanto podamos, la anchura y la longitud, la alteza y la profundidad del amor de Jesús, conocer la caridad de Cristo que sobrepasa toda ciencia y gnosis, entonces sí que seríamos llenos de la plenitud de Dios! (Eph.3, 18-19).

El conocimiento del amor de Dios es lo que produce en nosotros los efectos maravillosos del divino amor. Hay un capítulo de oro, entre todos los que son de oro, en el libro *De la Imitación de Cristo*. Se intitula "Del maravilloso efecto del divino amor" (Lib. 3,c.5); y en él se ponderan las ventajas y las alegrías de haber conocido y sentido el amor de Dios: "Gran cosa es el amor, gran bien para toda cosa. El solo hace ligero todo lo pesado y lleva con igualdad todo lo desigual. Porque lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo. El amor noble de Jesús empuja a realizar cosas grandes y nos mueve a desear siempre lo más perfecto. El amor quiere estar arriba y no quiere ser detenido en las cosas bajas. El amor quiere ser libre y ajeno de toda afección mundana, para que su visita interior no se impida ni se embarece por ocupaciones de provecho temporal o sucumba por algún daño.

"Nada hay más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más profundo, nada más ancho, nada

más gozoso, nada más cumplido y mejor en el cielo y en la tierra; porque el amor ha nacido de Dios y no puede descansar sino en Dios sobre toda cosa creada..." (Ib. n.3:).

Pues para vivir en ese amor se nos ofrece el Corazón de Jesús.

San Pablo, cuando ha hablado de los dones y carismas que hay en el Cuerpo místico de Cristo, nos exhorta a buscar los carismas mejores; y el carisma mejor es el de la caridad, el del amor a Dios y al prójimo por Dios: "Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, y no tuviere caridad, soy como bronce que suena o como campanilla que repica. Y si tuviera la profecía y conociera los misterios y toda la ciencia, y tuviera tanta fe que trasladara montañas, pero no tuviere caridad, no soy nada; y si distribuyese para comida de pobres todos mis bienes, y entregara mi cuerpo para que ardiera, pero no tuviere caridad, nada me aprovecha..." (1 Cor 13, 1-3).

Gran tesoro, pues, el del amor, que Dios nos ofrece en el Corazón de Jesús.

Lo que es de todos los tiempos

Hay exigencias psicológicas del hombre que son *de todos los tiempos y de todas las edades del hombre.*

Hay en el hombre, en el pequeño y en el mayor, en el joven y en el viejo, en el hombre y en la mujer, una exigencia de cariño; para recibirlo y para darlo.

La salud fisiológica depende ciertamente del estado del organismo corporal. Pero la salud psicológica y la salud mental, y aun la salud fisiológica dependen en gran parte de la satisfacción de esta necesidad afectiva de ser querido y corresponder con el afecto.

San Agustín ya lo observó en sus Confesiones:

"¿Y qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado?" [1].

Y hablando del afecto que los superiores desean de sus súbditos, observa que se enardece el afecto del súbdito cuando se siente querido por el superior.

"Vale la pena advertir –escribe– cómo, aunque los superiores quieren ser amados por los inferiores y se agradan con el obsequio y afición que éstos les prestan, y cuanto más lo sienten, tanto más los aman: sin embargo, es de advertir con cuánto amor se enardece el inferior cuando siente que es amado por el superior" [2].

Nunca podrá quedar desfasada en la Iglesia la devoción al Corazón de Dios, al Corazón de Jesús; porque es la devoción a lo que es la entraña misma del Cristianismo: el amor que hay en Dios, el amor que Dios y Jesús nos tienen.

---

1 *Confesiones* lib. 2, c. 2: ML 32, 675.

2 *De catechizandis rudibus* c. 4: ML 40, 315.

Por ello, si recorremos los puntos básicos de la historia de la salvación, encontraremos en cada uno de ellos el amor de Dios que se nos descubre.

El amor de Dios en la historia de la salvación, según la Biblia

La *historia de la salvación* es uno de los temas de hoy *(historia salutis, Heilsgeschichte).* Es uno de los más aludidos en los documentos del último Concilio. "Historia de la salvación", tan unida al "misterio de Cristo", es como línea directriz que parece de grande y fuerte relieve, dentro de las directrices doctrinales del Concilio Vaticano II.

El cultivo de la Biblia, su estudio por los católicos, es otra de las ideas fuerza que ha cobrado nuevo vigor después del Vaticano II.

Pues bien, cada uno de los actos o momentos de la historia de la salvación son atribuidos por la Sagrada Escritura al amor de Dios, o al amor de Jesús.

1.º) La creación y conservación

Comencemos por un presupuesto de la historia salvífica, la creación y conservación del hombre. Es

obra del amor de Dios. Bien se pueden aplicar a la creación y conservación de cada hombre aquellas palabras de Jer 31,3: "Te he amado con un amor perpetuo" *(In caritate perpetua dilexi te),* que San Alfonso María de Ligorio, comentaba de esta manera:

"Aún no habías nacido, ni siquiera el mundo había sido creado, y ya te amaba yo. Te amo desde que soy Dios; desde que me amé a mí, te amé a tí" [3].

Si me dicen que una persona me tiene simpatía y me ama, y que lleva un mes, un año abrigando esta simpatía y amor, yo no puedo menos de sentirme conmovido por este amor y, si son años y más años los que me ha amado en el silencio, yo venero y respeto este amor que me impresiona... Pues bien, Dios me ha amado desde hace un siglo y otro siglo y más siglos... desde toda la eternidad. Me persigue desde toda la eternidad... ¿Cómo no he de conmoverme y agradecer este amor?

Es el amor que *le ha impulsado a crearme.* Y es el amor que, una vez creado, *le impulsa a conservarme.*

Agudamente observaba la Constitución pastoral *Gaudium et spes* (n. 19) del Vaticano II: "...si existe el hombre es porque, habiéndole creado Dios *por amor, por amor* le conserva siempre; y no vivirá plenamente conforme a la verdad si no reconoce libremente este amor y si no se entrega a su Creador".

---

3 *Práctica del amor a Jesucristo* c. 1: ed. Madrid, BAC, 1952,p. 332

Y si preguntamos el porqué de la creación entera encontraremos la respuesta del amor de Dios hacia tí, hacia mí.

¿Por qué Dios ha hecho esos mares que te deleitan con su inmensidad pacífica y serena, y te elevan a altos pensamientos del poder divino con sus tempestades y tormentas?

– Porque te ama.

¿Por qué esos campos que recrean tus ojos con sus colores, verdes de mil matices, amarillos con las doradas mieses, con gracia de innúmeros cambiantes... y perfuman el ambiente con las flores...?

– Porque te ama.

¿Por qué ese cielo límpido azul e inmaculado muchas veces, otras tormentoso, ceñudo y encapotado?

– Porque te ama.

¿Y esos astros inumerables, que tachonan el firmamento y nos trasladan en pensamiento a mundos inmensos y nunca vistos?

– En todo, en todo, la respuesta es: porque te ama, porque me ama...

Y ¿por qué me ama Dios?

– Y aquí la respuesta es *porque es Amor.* Dios es caridad, dijo San Juan (1 Jn 4,8). Su esencia es amar, hacer el bien, acompañar con benevolencia a sus criaturas. El amor es la tendencia preosecutiva hacia el objeto amado...

2.º) La elevación a ser hijos de Dios.

La elevación del hombre a la filiación divina adoptiva, que es lo mismo que decir la elevación al orden sobrenatural, la presenta la Escritura como efecto de la caridad de Dios. "Mirad que caridad nos ha tenido el Padre para que *nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos"* (1 Jn. 3,1). Verdaderamente que han sido grandes y preciosas las promesas con que nos ha enriquecido, "para que por ellas lleguéis a ser consortes de la divina naturaleza" (2 Pe 1,4). Es tan grande este llamamiento e invitación de Dios a formar parte de su familia, como hijos de adopción, que no lo podíamos soñar; pero es una realidad que debemos a su amor.

3.º) El perdón de la ingratitud humana

Es verdad que ni Adán ni sus descendientes respondimos a ese amor de Dios. Es verdad que, habiendo conocido a Dios, no lo hemos glorificado como a El corresponde, ni le hemos dado gracias, sino que nos desvanecimos o entontecimos en nuestros pensamientos, y se oscureció nuestro insipiente corazón (Rom 1, 21). Es la caída del hombre, la de Adán y la de todos nosotros, respuesta ingrata al

amor preveniente de Dios. Y con la caída, la pérdida de los dones indebidos a la naturaleza y nuevamente indebidos por la culpa; es el cautiverio que necesitaba redención.

A pesar de toda la corrupción, algunos como Noé y Abrahán, hallaron gracia a los ojos de Yahvéh (Gen. 6,8; 12, 1ss). Y el Señor hizo alianza con ellos y con su descendencia (cf. Gen. 9,9ss; 12, 2-3; 15; 17; 18, 17-18; 22, 16-18; 26, 4-5). El Señor se prepara un pueblo escogido, a quien dará un jefe, Moisés. De este pueblo portador de las promesas, saldrá el Mesías.

Como escribió Isaias, Yahvéh, salvó a su pueblo en todas las vicisitudes por las que pasó: "El Señor fue salvador de su pueblo en todas sus angustias. No fue un mensajero, un ángel; su faz misma lo salvó; *en su amor y su misericordia El mismo los rescató.* Y constantemente los sostuvo y los guió en los siglos pasados" (Is. 63,8s).

4.°) Anuncio y encarnación del Salvador

Y llegó el tiempo de anunciar al Salvador. La anunciación y la encarnación del Verbo de Dios. También por la caridad de Dios. *"De tal manera amó Dios al mundo,* que le dio a su Hijo unigénito" (Jn 3,16). La Encarnación del Verbo es obra del amor de Dios; y su ejecución es atribuida por la Escritura

al Espíritu de amor (Lc 1, 35; Mt 1, 20). Y así, "cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estábamos bajo la ley, para que recibiéramos la adopción de hijos" (Gal. 4,4).

Este amor, esta caridad de Dios, que lo define (1 Jn. 4,8), se nos manifestó en la encarnación de su Hijo, con la intención de hacerlo víctima expiatoria: "*La caridad de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su hijo Unigénito,* para que nosotros vivamos por El. En eso está la caridad; no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que *El nos amó y envió a su Hijo* víctima expiatoria de nuestros pecados" (1 Jn. 4,9s).

No ha sido el amor que Dios nos tiene un amor provocado por nuestro amor precedente al que El nos ha tenido. Ha sido El quien nos ha prevenido con su amor.

5.º) La redención.

La obra de la redención y de la restauración de lo perdido es el nuevo acto de la historia salvífica. También se atribuye al amor de Dios: "Dios *nos demuestra su amor hacia nosotros* en que, siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom 5,8). Y lo repetirá San Pablo, de diferentes maneras: "*Cristo nos amó* y se entregó a sí mismo por nosotros

como oblación y víctima para Dios en olor de suavidad" (Eph. 5,2). Y no sólo de una manera general y colectiva. El mismo Pablo pondera el amor individual y personal a él por el que Cristo se ha entregado: "Vivo en la fe del Hijo de Dios, que *me amó y se entregó a la muerte por mí"*(Gal. 2,20).

El misterio pascual

Con la obra de la Redención está el misterio pascual, que comprende la pasión bienaventurada, la muerte redentora y la sepultura, la resurrección de entre los muertos y la ascención gloriosa a los cielos: "con que muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida" (Constit. de S. Liturgia, n.5,b). Y en este misterio salvador hemos sido insertos los bautizados. "Dios que es rico en misericordia, *por el amor excesivo con que nos amó,* estando nosotros muertos por los pecados nos convivificó en Cristo (por cuya gracia habéis sido salvados) y nos conresucitó con El" (Eph. 2,5).

Esta inserción en el misterio pascual de Cristo es lo que nos comunica perdón de los pecados y nueva vida: "Consepultados con Cristo por el bautismo en su muerte a fin de que, así como Cristo resucitó de entre los muertos para la gloria de su Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva" (Rom. 6,4).

6.º) Los sacramentos

El bautismo, en concreto, que nos incorpora al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, y la Eucaristía, que nos nutre y nos adentra más y más en la vida de Jesucristo, *han salido del Corazón de Cristo taladrado en la cruz.* Del costado herido y abierto salió agua y sangre (Jn. 19,34). Esto es, del corazón; puesto que el soldado pretendió certificar y asegurar la muerte llegando con su lanza al corazón. El simbolismo de estos sacramentos lo han visto los Padres.

Recordemos algunos de los escritores de la Iglesia;

Tertuliano, escribiendo sobre el sacramento del bautismo, dice: "Había venido (Cristo) por agua y sangre, como escribió Juan (1 Jn 5,6), para ser bañados con agua, glorificado con sangre; y por eso nos hiciera a nosotros llamados con el agua, elegidos con la sangre. *Estos dos bautismos sacó de la herida de su costado traspasado,* para que los que creyeran en su sangre, fueran lavados con el agua; los que hubieran sido lavados con agua, bebieran también su sangre".[4]

Y *Teodoro de Cyra:* "Taladrado *el costado,* lo mismo que Adán, no salió de allí la mujer que engendró la muerte con su error, sino la fuente de la vida que vivifica al mundo con doble río: *uno de ellos nos renueva en el bautismo y nos viste con vestidura de inmortalidad; el otro, cual leche, alimenta en la mesa divina a los niños engendrados".*[5]

---

4 *De baptismo* 16: ML 1, 1326.

5 *De incarnatione Domini* 27: MG 75, 1467.

7.º) La Eucaristía y el sacerdocio

A dos sacramentos importantes para la formación de la Iglesia parece aludir San Juan cuando, al llegar la última cena dice que Jesús *"los amó (a sus discípulos) hasta el extremo"*. Parece alusión al lavatorio de los pies; pero más a la institución de la Eucaristía y del sacerdocio, realizada en aquella cena.

Como enseña el *Concilio Tridentino* recalcando, frente a la ingratitud humana, el amor de Jesucristo a su Iglesia, "en la última Cena, *'en la noche en que era entregado'* (1 Cor. 11,13), para dejar a *su querida Esposa la Iglesia* un sacrificio visible (como lo exige la naturaleza de los hombres), con el cual se representara aquel sacrificio cruento que debía realizarse en la cruz y su memoria perseverara hasta el final de los siglos y se aplicara su virtud saludable para remisión de aquellos pecados que cada día cometemos: declarándose constituido 'sacerdote para siempre según el orden del Melquisedec' (Sal. 109,4), ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y vino, y bajo el símbolo de las mismas cosas los entregó a sus apóstoles *(que entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento),* y a ellos mismos y a los sucesores en el sacerdocio mandó que los ofrecieran, por estas palabras: 'Haced esto en mi memoria etc.' (Lc 22,19; 1 Cor. 11,24), como siempre lo ha

entendido y enseñado la Iglesia católica" [6].

8.º) La Iglesia y la Virgen Santísima, Madre de la Iglesia.

Con los sacramentos salidos del Costado se forma la Iglesia.

La Iglesia salió, como nueva Eva, del costado del nuevo Adán. "Del costado de Cristo dormido en la cruz salió el admirable sacramento de la Iglesia entera" [7]. Esta Iglesia congregará el Nuevo Pueblo de Dios y será el arca de salvación para todo el mundo presa del diluvio. Esta Iglesia es también obra y objeto del amor de Dios: *"Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella* para santificarla, lavándola con la ablución del agua en la palabra de vida, para que la Iglesia se le aparezca gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa parecida, sino para que sea santa e inmaculada" (Eph. 5,26s).

Y con la Iglesia el Espíritu Santo, que es como el alma de la Iglesia, el que la empuja y promueve a una

---

6 Sesión 22, *Doctrina de ss. Missae sacrificio c.1:* Denzinger-Sch., *Ench. symbolorum* n. 1740

7 Concil. Vaticano II, *Constit. de S. Liturgia* n.5,b.

perfección interna y a una expansión externa cada vez más profunda y dilatada, a una fortaleza y heroismo acrisolado en los santos... *El Espíritu Santo es don del amor de Dios.*

Y con la Iglesia *la Virgen María, Madre de la Iglesia,* entregada como tal a Juan y a nosotros desde el árbol y altar del Calvario. "No te olvides de la hora –decimos con la canción– en que te nombró Jesús, mi madre y mi protectora desde el árbol de la cruz".

María, Madre de Jesús, que es cabeza de la Iglesia, y Madre del que iba ser el Salvador del mundo, concibió a Jesús, como Salvador y Cabeza de todo su Cuerpo místico. Por eso al concebir y ser Madre de Jesús es también Madre del Cuerpo místico, Madre del Cristo total, Madre de la Iglesia, esto es, de sus pastores y fieles.

9.º) Como último acto de la historia de la salvación está *la consumación escatológica,* la que corresponde a cada uno individualmente en su muerte y es consumación relativamente última, y la que corresponderá a cada uno y a todos en la parousía y juicio final del Hijo del hombre y será definitivamente última. Al siervo fiel le dirá el Señor: "Ea, *siervo bueno y fiel,* ya que has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor" (Mt. 25, 21-23).

Y las palabras de invitación a los justos que pronunciará en el último y final juicio *rezuman amor:* "Venid, benditos de mi Padre. Tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la constitución del mundo" (Mt. 25,34).

10.º) Todo el plan de salvación del hombre es *bendición amorosa del Padre en su Hijo Amado,* obra de una predestinación de amor. Como comprendiendo esta obra de amor, San Pablo bendice "a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos *bendijo en Cristo con toda bendición espiritual de los cielos:* porque nos eligió en El antes de la constitución del mundo, para que fuéramos santos e inmaculados en su presencia por amor, habiéndonos predestinado para ser hijos por medio de Jesucristo y en El, conforme *al beneplácito de su voluntad,* para alabanza de la gloria de su gracia, *por la que nos ha hecho gratos en su Amado;* en el cual tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, *según la riqueza de su gracia que sobreabundó para nosotros en toda sabiduría y prudencia"* (Eph. 1, 3-8).

Resumen

Examinando estas etapas de la historia de la salvación, en cada una de ellas encontramos palabras bíblicas que de una manera explícita, las más de las

veces, y otras de manera implícita, *atribuyen al amor de Dios y al amor de Jesucristo los actos principales que corresponden a Dios en la historia salvífica.* En la dialéctica de hombre pecador y Dios salvador, resplandece siempre la categoría del Amor de quien se define en la Escritura: Dios es caridad (1 Jn. 4,16). Ante la ingratitud del hombre, la bondad misericordiosa del amor.

Nunca el pensamiento del amor de Dios al hombre será un pensamiento desfasado en la religión verdadera; nunca el pensamiento del amor de Jesucristo al hombre podrá ser un pensamiento arrinconado en el Cristianismo.

Por el contrario, lo que importa es conocerlo y creer en este amor. "Nosotros hemos conocido y hemos creido la caridad que tiene Dios con nosotros. Dios es caridad. Y el que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios permanece en él" (1 Jn. 4,16).

VI. ENTRONQUE EVANGELICO DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

El entronque evangélico del culto al Corazón de Jesús, parece que hemos de buscarlo en el evangelio de la lanzada (Jn. 19, 31-37). Es el evangelio que la Iglesia ha puesto durante muchos años para la festividad del Corazón de Jesús y para las misas votivas del Corazón de Jesús

En este evangelio no se menciona expresamente el Corazón de Jesús pero se le significa, se le señala como con el dedo. Por eso el costado abierto del Salvador es el paso para llegar al Corazón herido de Jesús. Es el evangelio del Corazón de Jesús.

Hay en este pasaje de San Juan tres momentos o tres puntos de referencia que merecen nuestra atención.

El primer momento o escena no es el crurifragio o rotura de las piernas, sino la lanzada y el abrir el costado de Jesús.

El segundo momento o escena es la aseveración del evangelista que asegura, que de allí salió agua y sangre. Son los sacramentos y la Iglesia, formada con los sacramentos, que salen del Corazón de Jesús.

El tercer momento es la alusión que hace San Juan a la profecía de Zacarías (12,10): "Mirarán a Aquel a quien atravesaron". Es la profecía que estamos ya cumpliendo...

Veamos el primer momento.

Contra la costumbre de quebrar las piernas de los ajusticiados para rematarlos, sucede un hecho insólito, que no era necesario, puesto que Jesús ya había muerto; y es que un soldado, llevado por influencia de fuerza misteriosa, atraviesa el costado de Jesús. No era el costado solamente lo que interesaba al soldado; quería cerciorarse u obtener un testimonio claro de la muerte de Jesús; buscaba el corazón de Jesús y esto es lo que pretendía atravesar, más que el costado.

Como lo describe *Fray Luis de Granada* en un trozo de singular belleza: "Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano y atraviésala con gran fuerza por el pecho desnudo del salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe y salió de allí agua y sangre con que se lavan los pecados del mundo".[1]

---

[1] *Libro de la oración y meditación.* Meditación de la lanzada.

La lanza cruel ha hecho una herida en el costado, y también en el corazón, que ha dado las últimas gotas de su sangre.

La herida que ha hecho la lanza es la herida que han visto y ponderado los santos, "hecha más con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel". San Buenaventura, San Francisco de Borja..., han venerado esta herida visible. *San Buenaventura* dirá que "la herida visible nos habla de una herida de amor invisible". Y, en efecto, es un alarde último de la pasión, una demostración de amor en Jesús: querer ser herido aún en su cuerpo muerto; querer ofrecer y dar hasta las últimas gotas y residuos de su sangre.

"Te vulneratum caritas – ictu patenti voluit, – amoris invisiblilis ut veneremur vulnera".

"El amor te quiso herido con un golpe manifiesto, para que veneremos las heridas del amor invisible".[2]

Y en las letanías del Corazón de Jesús, la Iglesia invoca el Corazón de Jesús *atravesado por la lanza.*

La herida del costado es grande, como la de un puño grande, si aceptamos como verídica la mancha grande que aparece en la imagen del Costado del que fue envuelto en el Santo Sudario de Turín.

Con la lanzada quedó rasgado el telón, quedó patente

---

[2] Himno litúrgico de la solemnidad del Corazón de Jesús, en el Oficio de lectura.

el Corazón, quedó patente el amor, a quien hemos de atribuir todos los misterios de la vida y pasión de Jesús, todos los beneficios de nuestra vida y de toda la historia de la salvación.

Al regresar del Concilio Vaticano II un obispo misionero agustino hacía su oración por la mañana en el pasillo del tren en que viajaba desde Roma. Noté que sobre el pectoral y engarzado en la misma cadena llevaba el emblema del Corazón de Jesús. En una conversación confiada me atreví a preguntarle por qué llevaba esta insignia, que no es acostumbrada. Me contestó: "porque el Corazón de Jesús es la clave de todo lo que soy", ¡Qué gran respuesta! la clave y razón de todo lo que soy, y de todo lo bueno que puedo tener, es el amor de Jesús para conmigo, es el Corazón de Jesús.

Si preguntamos por la razón y clave de nuestra creación y de todos los actos de nuestra historia salvífica, encontraremos el amor con que nos han amado Dios y Jesús. Lo hemos recordado antes.

La clave de todos los pasajes de la vida de Jesús es el amor. Aquí esta la suma de todos los misterios.

En la encíclica *Haurietis aquas,* en su parte más bella, se muestra como la Eucaristía, el sacerdocio, la Virgen Santísima, el don del Espíritu Santo son dones que nos vienen del Corazón de Jesús.

Y si lo miramos todo en la proyección del año litúrgico, el porqué de la Natividad y Circuncisión,

de la Epifanía y de la huida a Egipto, de su vida en Nazaret y de su vida pública, de su pasión, muerte y resurrección, de su ascensión y misión del Espíritu Santo, de la revelación de la Trinidad y de su permanencia en el Sacramento: la razón es el amor.

La suma de todos los misterios de la vida de Jesús es su amor. El amor queda implicado en todos los momentos de su vida.

Como todos los rayos de la custodia se concentran en el viril y convergen hacia la hostia santa, así, todos los misterios del cristianismos muestran el Corazón de Jesús y convergen hacia El. Con razón han podido decir Pío XI y Pío XII que en el culto del Corazón de Jesús está la suma de toda la religión y la norma de la vida más perfecta[3].

Con la lanzada se nos abrió el telón y se nos descubrió el Corazón de Jesús, sagrario de las divinas larguezas. Hay también otros pasajes evangélicos que nos invitan a ir a Jesús: porque es *manso y humilde de corazón* (Mt. 11,29); y porque *de sus entrañas brotarán torrentes de agua viva* (Jn. 7,38).

El Corazón símbolo

El Corazón mismo, el Corazón físico de Jesús, es símbolo natural del amor que nos tiene.

Merece ya nuestro culto y adoración por la

[3] Pío XI, *Miserentissimus Redemptor:* AAS 20 (1928) 167; Pío XII, Epist. ad. Revdmum. P. Norbertum de Boynes: AAS 36 (1944) 240.

unión hipostática con el Verbo; merece los honores que se tributan a la divinidad, aunque perteneciente a una naturaleza creada y finita; es digno de adoración divina porque está impregnado de divinidad y unido a ella. Como diría un Santo Padre de la Iglesia: Con el mismo temor reverencial con que me acerco al fuego, me acerco a la brasa unida al fuego; esto es, con la misma reverencia con que me acerco a la divinidad me acerco a la humanidad de Jesús, unida a la divinidad en unidad de persona, en quien habita la plenitud de la divinidad corporalmente.

Y este mismo Corazón no es un mero símbolo de papel y pintura, no. Es el Corazón que latió por mi amor, que se estremeció y sudó sangre en al agonía del huerto a la vista de mis pecados e ingratitudes.

En él se reflejaron todos los sentimientos de amor de Jesús hacia su Padre, hacia nosotros los pecadores; en él se reflejaron todas las afecciones y sentimientos de Jesús.

Por eso *es símbolo óptimo de su amor;* del amor increado con que como Dios nos ama, y del amor creado con que nos ama en cuanto hombre, amor de la voluntad, y amor sensible de su humanidad integral.

El símbolo en la cultura de hoy.

No se puede decir que la cultura de hoy deseche

de la Epifanía y de la huida a Egipto, de su vida en Nazaret y de su vida pública, de su pasión, muerte y resurrección, de su ascensión y misión del Espíritu Santo, de la revelación de la Trinidad y de su permanencia en el Sacramento: la razón es el amor.

La suma de todos los misterios de la vida de Jesús es su amor. El amor queda implicado en todos los momentos de su vida.

Como todos los rayos de la custodia se concentran en el viril y convergen hacia la hostia santa, así, todos los misterios del cristianismos muestran el Corazón de Jesús y convergen hacia El. Con razón han podido decir Pío XI y Pío XII que en el culto del Corazón de Jesús está la suma de toda la religión y la norma de la vida más perfecta[3].

Con la lanzada se nos abrió el telón y se nos descubrió el Corazón de Jesús, sagrario de las divinas larguezas. Hay también otros pasajes evangélicos que nos invitan a ir a Jesús: porque es *manso y humilde de corazón* (Mt. 11,29); y porque *de sus entrañas brotarán torrentes de agua viva* (Jn. 7,38).

El Corazón símbolo

El Corazón mismo, el Corazón físico de Jesús, es símbolo natural del amor que nos tiene.

Merece ya nuestro culto y adoración por la

[3] Pío XI, *Miserentissimus Redemptor:* AAS 20 (1928) 167; Pío XII, Epist. ad. Revdmum. P. Norbertum de Boynes: AAS 36 (1944) 240.

unión hipostática con el Verbo; merece los honores que se tributan a la divinidad, aunque perteneciente a una naturaleza creada y finita; es digno de adoración divina porque está impregnado de divinidad y unido a ella. Como diría un Santo Padre de la Iglesia: Con el mismo temor reverencial con que me acerco al fuego, me acerco a la brasa unida al fuego; esto es, con la misma reverencia con que me acerco a la divinidad me acerco a la humanidad de Jesús, unida a la divinidad en unidad de persona, en quien habita la plenitud de la divinidad corporalmente.

Y este mismo Corazón no es un mero símbolo de papel y pintura, no. Es el Corazón que latió por mi amor, que se estremeció y sudó sangre en al agonía del huerto a la vista de mis pecados e ingratitudes.

En él se reflejaron todos los sentimientos de amor de Jesús hacia su Padre, hacia nosotros los pecadores; en él se reflejaron todas las afecciones y sentimientos de Jesús.

Por eso *es símbolo óptimo de su amor;* del amor increado con que como Dios nos ama, y del amor creado con que nos ama en cuanto hombre, amor de la voluntad, y amor sensible de su humanidad integral.

El símbolo en la cultura de hoy.

No se puede decir que la cultura de hoy deseche

los signos y los símbolos. Se ha hablado, es verdad, de la opacidad de los símbolos por razón de la cultura y técnica de hoy.

Si, por mentalidad pragmatista y tecnicista de hoy, no pocos son reacios al símbolo, esto no puede afirmarse de una manera general. Siempre al hombre, que es animal sensitivo, le dirán algo los signos. "Si fueras incorpóreo –decía San Juan Crisóstomo– te hubiera dado Dios dones incorpóreos y sin vestido sensible. Pero como el alma está unida al cuerpo, te otorga dones espirituales en cosas sensibles".[4]

El verdadero humanismo no es ajeno a lo que es conforme con la naturaleza del hombre, como es el uso de los signos y de los símbolos. El hombre de hoy usa de los signos y de los símbolos en el arte, en la pintura y en la escultura, en la literatura, en el cine y en los anuncios..., en las múltiples actividades que desarrolla en su respectiva profesión. Y usa símbolos sugerentes y emotivos que hacen valorar la simbolización como fenómeno positivo de la cultura. El uso del símbolo no es fenómeno arcaico de "regresión" cultural. Todo lo contrario. Tiene el símbolo valores imprescriptibles, que humanizan al hombre de hoy y le hacen más "connatural" en su función racional y volitiva.

La Biblia nos deja abrumados con el uso fre-

---

4 *In Mt. Hom.* 82,4: MG 58, 743.

cuentísimo de signos y símbolos, que dicen con la antropología emocional y social del ser sensible.[5]

Por esto San Agustín escribía con la profundidad acostumbrada: "Para nutrir y atizar el fuego del amor, con el cual, como un lastre, nos movemos a lo alto y a lo interior para hallar descanso, para esto *son útiles estas cosas que se nos insinúan en figura.* Porque mueven y encienden más el amor que si nos fueran propuestas desnudas sin ninguna semejanza arcana. Es difícil dar la razón de esto. Pero es así: Que mueve más una cosa que se nos propone por medio de un sentido alegórico, y más nos recrea, y es mejor recibido, que si se nos dijera con sus palabras propias abiertamente. Creo que el movimiento del alma mientras está todavía detenida con las cosas terrenas, se enciende perezosamente; pero si va a las semejanzas materiales y de allí sube a las cosas espirituales que se figuran con aquellas semejanzas, con el mismo paso de una cosa a otra se robustece y se enciende como el fuego agitado en una tea, y con un amor más ardiente es arrastrado a su descanso".[6]

La razón de este poder emotivo de los símbolos quizá resida en su carácter sugerente, que va más allá de un mero significado verbal. El símbolo conserva la fuerza intuitiva, tan apta para encender el afecto, para volver a presentar ("re - presentar") a la mente lo vivido y lo existente; y no sólo eidéticamente con imagen visual, sino también con la carga afectiva de lo vital y existencial que va unido emocionalmente con lo real. Los signos de las propias emociones y de

[5] Nos remitimos a lo que ya hemos expuesto en nuestro libro *Teología del signo sacramental* (Madrid. BAC. 1969) c. 1-3.

[6] *Ad inquisitiones Ianuarii* lib. 2 (epist. 55) c. 11,21: ML 33,214.

los signos y los símbolos. Se ha hablado, es verdad, de la opacidad de los símbolos por razón de la cultura y técnica de hoy.

Si, por mentalidad pragmatista y tecnicista de hoy, no pocos son reacios al símbolo, esto no puede afirmarse de una manera general. Siempre al hombre, que es animal sensitivo, le dirán algo los signos. "Si fueras incorpóreo –decía San Juan Crisóstomo– te hubiera dado Dios dones incorpóreos y sin vestido sensible. Pero como el alma está unida al cuerpo, te otorga dones espirituales en cosas sensibles".[4]

El verdadero humanismo no es ajeno a lo que es conforme con la naturaleza del hombre, como es el uso de los signos y de los símbolos. El hombre de hoy usa de los signos y de los símbolos en el arte, en la pintura y en la escultura, en la literatura, en el cine y en los anuncios..., en las múltiples actividades que desarrolla en su respectiva profesión. Y usa símbolos sugerentes y emotivos que hacen valorar la simbolización como fenómeno positivo de la cultura. El uso del símbolo no es fenómeno arcaico de "regresión" cultural. Todo lo contrario. Tiene el símbolo valores imprescriptibles, que humanizan al hombre de hoy y le hacen más "connatural" en su función racional y volitiva.

La Biblia nos deja abrumados con el uso fre-

4 *In Mt. Hom.* 82,4: MG 58, 743.

cuentísimo de signos y símbolos, que dicen con la antropología emocional y social del ser sensible.[5]

Por esto San Agustín escribía con la profundidad acostumbrada: "Para nutrir y atizar el fuego del amor, con el cual, como un lastre, nos movemos a lo alto y a lo interior para hallar descanso, para esto *son útiles estas cosas que se nos insinúan en figura.* Porque mueven y encienden más el amor que si nos fueran propuestas desnudas sin ninguna semejanza arcana. Es difícil dar la razón de esto. Pero es así: Que mueve más una cosa que se nos propone por medio de un sentido alegórico, y más nos recrea, y es mejor recibido, que si se nos dijera con sus palabras propias abiertamente. Creo que el movimiento del alma mientras está todavía detenida con las cosas terrenas, se enciende perezosamente; pero si va a las semejanzas materiales y de allí sube a las cosas espirituales que se figuran con aquellas semejanzas, con el mismo paso de una cosa a otra se robustece y se enciende como el fuego agitado en una tea, y con un amor más ardiente es arrastrado a su descanso".[6]

La razón de este poder emotivo de los símbolos quizá resida en su carácter sugerente, que va más allá de un mero significado verbal. El símbolo conserva la fuerza intuitiva, tan apta para encender el afecto, para volver a presentar ("re - presentar") a la mente lo vivido y lo existente; y no sólo eidéticamente con imagen visual, sino también con la carga afectiva de lo vital y existencial que va unido emocionalmente con lo real. Los signos de las propias emociones y de

---

5 Nos remitimos a lo que ya hemos expuesto en nuestro libro *Teología del signo sacramental* (Madrid. BAC. 1969) c. 1-3.

6 *Ad inquisitiones Ianuarii* lib. 2 (epist. 55) c. 11,21: ML 33,214.

los afectos internos son asímismo aptos para producir en quien los contempla externamente aquel mismo afecto (amor, odio, indiferencia...) que significa y produce en quien ha creado el signo. Por esto, psicológicamente, los signos son capaces en muchas ocasiones de producir aquello que significan.

El espíritu humano se apoya en los signos y en los símbolos (pensemos en los sacramentos) y, en general, en el culto exterior, para subir a lo trascendente; arranca de lo corpóreo y sensible para alcanzar el mundo del espíritu. De este modo los signos y símbolos apoyan y robustecen la objetividad del acto religioso. El hombre esquiva así el peligro de perderse en puras ficciones espirituales o en etéreos misticismos subjetivos.[7]

Es fácil, después de lo expuesto, responder a la pregunta latente, si el símbolo del corazón de Jesús dice hoy a la mentalidad de los hombres.

El símbolo del corazón para expresar el amor y toda la vida volitiva y afectiva, y aun la vida intelectual relacionada con la afectiva, es símbolo de todos los tiempos y de todas las culturas. No tiene por qué dejar de ser apto en el mundo de hoy.

Y tanto más, cuanto que no se trata de un mero papel pintado. Se trata en el culto del Corazón de Je-

[7] Cf. *Teología del signo sacramental* nº. 23; a este libro nos remitimos para todo lo que decimos sobre el signo y el símbolo en estos últimos párrafos.

sús que propone la Iglesia, de un órgano corporal nobilísimo de la humanidad de Jesús, unido sustancial e hipostáticamente al Verbo de Dios; merecedor de honores divinos.

El cual, además, nos recuerda que se estremeció en el huerto por nosotros; y en alarde de amor quiso ser herido por la lanza del soldado.

Por esto, diremos para resumir: tanto si se mira al símbolo, como si se mira lo simbolizado; tanto si se mira el Corazón, como si se mira el amor del Verbo encarnado, y la vida afectiva simbolizada en él, el culto al Corazón de Jesucristo no puede menos de ser acomodado a la mentalidad de hoy.

Con esto queda dicho que un símbolo y un culto del corazón, que sensibiliza aquello que más apetecen los hombres de todos los tiempos, que es el amor, la comprensión, la misericordia y la indulgencia, es *un símbolo y un culto que también será para todos los tiempos.*

La mentalidad de hoy no es refractaria al Corazón de Jesús, si entiende de que se trata. Si se le explica lo que hay en este símbolo y en este culto.

Terminó con unas palabras de *San Bernardo,* que son para todas las épocas:

"¿Dónde hay segura y firme seguridad para los débiles y descanso, sino en las llagas del Salvador?". Allí estoy tanto más seguro, cuanto que El es más potente para salvar. Brama el mundo.

los afectos internos son asímismo aptos para producir en quien los contempla externamente aquel mismo afecto (amor, odio, indiferencia...) que significa y produce en quien ha creado el signo. Por esto, psicológicamente, los signos son capaces en muchas ocasiones de producir aquello que significan.

El espíritu humano se apoya en los signos y en los símbolos (pensemos en los sacramentos) y, en general, en el culto exterior, para subir a lo trascendente; arranca de lo corpóreo y sensible para alcanzar el mundo del espíritu. De este modo los signos y símbolos apoyan y robustecen la objetividad del acto religioso. El hombre esquiva así el peligro de perderse en puras ficciones espirituales o en etéreos misticismos subjetivos.[7]

Es fácil, después de lo expuesto, responder a la pregunta latente, si el símbolo del corazón de Jesús dice hoy a la mentalidad de los hombres.

El símbolo del corazón para expresar el amor y toda la vida volitiva y afectiva, y aun la vida intelectual relacionada con la afectiva, es símbolo de todos los tiempos y de todas las culturas. No tiene por qué dejar de ser apto en el mundo de hoy.

Y tanto más, cuanto que no se trata de un mero papel pintado. Se trata en el culto del Corazón de Je-

[7] Cf. *Teología del signo sacramental* nº. 23; a este libro nos remitimos para todo lo que decimos sobre el signo y el símbolo en estos últimos párrafos.

sús que propone la Iglesia, de un órgano corporal nobilísimo de la humanidad de Jesús, unido sustancial e hipostáticamente al Verbo de Dios; merecedor de honores divinos.

El cual, además, nos recuerda que se estremeció en el huerto por nosotros; y en alarde de amor quiso ser herido por la lanza del soldado.

Por esto, diremos para resumir: tanto si se mira al símbolo, como si se mira lo simbolizado; tanto si se mira el Corazón, como si se mira el amor del Verbo encarnado, y la vida afectiva simbolizada en él, el culto al Corazón de Jesucristo no puede menos de ser acomodado a la mentalidad de hoy.

Con esto queda dicho que un símbolo y un culto del corazón, que sensibiliza aquello que más apetecen los hombres de todos los tiempos, que es el amor, la comprensión, la misericordia y la indulgencia, es *un símbolo y un culto que también será para todos los tiempos.*

La mentalidad de hoy no es refractaria al Corazón de Jesús, si entiende de que se trata. Si se le explica lo que hay en este símbolo y en este culto.

Terminó con unas palabras de *San Bernardo,* que son para todas las épocas:

"¿Dónde hay segura y firme seguridad para los débiles y descanso, sino en las llagas del Salvador?". Allí estoy tanto más seguro, cuanto que El es más potente para salvar. Brama el mundo.

empuja el cuerpo, insidia el diablo; no caigo, porque tengo mi fundamento sobre la roca firme. He pecado un gran pecado; se turbará la conciencia, pero no se perturbará, porque me acordaré de las llagas del Señor. Esto es, ha sido herido por nuestras iniquidades. Y ¿qué hay tan destinado a la muerte, que no se solucione con la muerte de Cristo?. Si viniere pues a la mente este medicamento tan poderoso y tan eficaz, ya no puede asustarme cualquier malicia de enfermedad...

"...Yo, lo que de mí me falta, lo tomo confiadamente de las entrañas del Señor, porque rebosan de misericordia, ni faltan agujeros por donde la exhalen. Atravesaron sus manos y pies, y con la lanza horadaron el costado; y por estas rendijas me es permitido chupar miel de la piedra y aceite de la peña durísima, es decir, gustar y ver que es suave el Señor.

"Pensaba pensamientos de paz, y yo no lo sabía. Porque ¿quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero?. Pero el clavo abrió para mí, el clavo penetró para mí, para que vea la voluntad del Señor. ¿Por qué no ver por el agujero? Clama el clavo, clama la herida que verdaderamente Dios se reconcilia. el mundo en Cristo. El hierro atravesó su alma, y se acercó a su corazón, para que ya no sepa no compadecerse de mis debilidades.

"Esta patente lo arcano del corazón por los agujeros del cuerpo; está patente aquel gran misterio de piedad; están patentes las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos ha visitado el que sale de lo alto. ¿Es que no están patentes las entrañas a través de las heridas? Porque ¿dónde más claramente que en tus heridas hubiese resplandecido que tú, Señor, eres suave y manso y de mucha misericordia? Porque nadie tiene mayor compasión que el que da su vida por los destinados a la muerte y condenados".[8]

---

[8] *Sermo* 61 (In Cant.) 3-4: ML 183. 1072.

empuja el cuerpo, insidia el diablo; no caigo, porque tengo mi fundamento sobre la roca firme. He pecado un gran pecado; se turbará la conciencia, pero no se perturbará, porque me acordaré de las llagas del Señor. Esto es, ha sido herido por nuestras iniquidades. Y ¿qué hay tan destinado a la muerte, que no se solucione con la muerte de Cristo?. Si viniere pues a la mente este medicamento tan poderoso y tan eficaz, ya no puede asustarme cualquier malicia de enfermedad...

"...Yo, lo que de mí me falta, lo tomo confiadamente de las entrañas del Señor, porque rebosan de misericordia, ni faltan agujeros por donde la exhalen. Atravesaron sus manos y pies, y con la lanza horadaron el costado; y por estas rendijas me es permitido chupar miel de la piedra y aceite de la peña durísima, es decir, gustar y ver que es suave el Señor.

"Pensaba pensamientos de paz, y yo no lo sabía. Porque ¿quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero?. Pero el clavo abrió para mí, el clavo penetró para mí, para que vea la voluntad del Señor. ¿Por qué no ver por el agujero? Clama el clavo, clama la herida que verdaderamente Dios se reconcilia el mundo en Cristo. El hierro atravesó su alma, y se acercó a su corazón, para que ya no sepa no compadecerse de mis debilidades.

"Esta patente lo arcano del corazón por los agujeros del cuerpo; está patente aquel gran misterio de piedad; están patentes las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos ha visitado el que sale de lo alto. ¿Es que no están patentes las entrañas a través de las heridas? Porque ¿dónde más claramente que en tus heridas hubiese resplandecido que tú, Señor, eres suave y manso y de mucha misericordia? Porque nadie tiene mayor compasión que el que da su vida por los destinados a la muerte y condenados".[8]

---

[8] *Sermo* 61 (In Cant.) 3-4: ML 183, 1072.

EPILOGO

Si practicamos lo que llevamos expuesto en todo el libro, con una entrega y consagración al Corazón de Jesucristo, y asociándonos con el corazón puro y generoso a las pasiones de Jesús, El nos dirá como a los apóstoles: "Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis pruebas, y yo dispongo a vuestro favor, como dispuso mi Padre a mi favor, un reino..." (Lc 22,28. 29).

Te dará el reino que deseas, el celeste de más allá, y el reino interior que está dentro de las almas y tú quieres conquistar: el tuyo, con todas tus pasiones y energías, para que impere en él la serenidad y el amor purificado; el de las almas que están o estarán encomendadas a ti, para que Cristo se forme en ellas y llegue a su plenitud... Todo lo podrás en Aquel que te conforta, y te quiere abrir los tesoros infinitos de su Corazón.

Pues, para esto le decimos:

¡Oh buen Jesús! Haz que sea sacerdote, religioso, maestro, estudiante...

según tu Corazón: entregado a tu voluntad, consagrado a Tí por amor;

según tu Corazón: reparador contigo, abrazado a tu Cruz y a tus espinas;

según tu Corazón: apóstol de tu amor, en la oración y en el sacrificio, con el ejemplo y en la vida ordinaria, con la palabra y con la pluma, en toda acción...

según tu Corazón: confiado ilimitadamente en Tí...

"Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazón en esa tan deleitable morada; dame por ella paso a las entrañas de tu amor; beba yo desta dulce fuente; sea yo lavado con esa santa agua y embriagado con ese tan precioso licor. Adormézcase mi ánima en este pecho sagrado, olvide aquí todos los cuidados del mundo, aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el profeta, diciendo: Esta es mi morada en los siglos de los siglos: aquí moraré, porque esta morada escogí".[1]

---

[1] Fr. Luis de Granada. *Libro de la oración y meditación* edic. Cuervo, tom. II, p. 79.

EPILOGO

Si practicamos lo que llevamos expuesto en todo el libro, con una entrega y consagración al Corazón de Jesucristo, y asociándonos con el corazón puro y generoso a las pasiones de Jesús, El nos dirá como a los apóstoles: "Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis pruebas, y yo dispongo a vuestro favor, como dispuso mi Padre a mi favor, un reino..." (Lc 22,28. 29).

Te dará el reino que deseas, el celeste de más allá, y el reino interior que está dentro de las almas y tú quieres conquistar: el tuyo, con todas tus pasiones y energías, para que impere en él la serenidad y el amor purificado; el de las almas que están o estarán encomendadas a ti, para que Cristo se forme en ellas y llegue a su plenitud... Todo lo podrás en Aquel que te conforta, y te quiere abrir los tesoros infinitos de su Corazón.

Pues, para esto le decimos:

¡Oh buen Jesús! Haz que sea sacerdote, religioso, maestro, estudiante...

según tu Corazón: entregado a tu voluntad, consagrado a Tí por amor;

según tu Corazón: reparador contigo, abrazado a tu Cruz y a tus espinas;

según tu Corazón: apóstol de tu amor, en la oración y en el sacrificio, con el ejemplo y en la vida ordinaria, con la palabra y con la pluma, en toda acción...

según tu Corazón: confiado ilimitadamente en Tí...

"Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazón en esa tan deleitable morada; dame por ella paso a las entrañas de tu amor; beba yo desta dulce fuente; sea yo lavado con esa santa agua y embriagado con ese tan precioso licor. Adormézcase mi ánima en este pecho sagrado, olvide aquí todos los cuidados del mundo, aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el profeta, diciendo: Esta es mi morada en los siglos de los siglos: aquí moraré, porque esta morada escogí".[1]

---

[1] Fr. Luis de Granada. *Libro de la oración y meditación* edic. Cuervo, tom. II, p. 79.

CONSAGRACION
al sagrado Corazón de Jesús

¡Oh Jesús, Rey de reyes y Señor de los que dominan! Nosotros (yo)... reconocemos (reconozco) de grado tu suprema realeza sobre las naciones, familias y sociedades y sobre cada uno de nosotros en particular. Hijo de Dios y heredero del Señorío universal de tu Padre, eres Rey por derecho de naturaleza; Redentor nuestro del cautiverio en que yacíamos, eres Rey por derecho de conquista, para fundar en nosotros tu Reino de verdad y de gracia, de justicia, de amor y de paz.

De tu Corazón adorable reconocemos haber recibido el beneficio de ser llamados a tu Reino, a tu verdad y a tu gracia; de su Corazón benignísimo el haber sido liberados del fuego eterno y perdonados después de tantas caídas y cobardes defecciones; a este Corazón agradecemos el alimento eucarístico que nos sustenta y las gracias cipiosísimas que nos han alentado y esfuerzan en tu camino.

Pésanos, Señor, de haber contristado con negras ingratitudes y taladrado con punzantes espinas tu amante Corazón. Quisiéramos lavar con lágrimas y borrar con sangre de nuestras venas las ingratitudes con que hemos respondido a tu amor.

Concédenos pues, oh Jesús, por tu divino Corazón y por la intercesión del Corazón purísimo de tu Madre Inmaculada, repa-

rar nuestras ofensas y aquellas con que te ofenden los hombres tus redimidos, en particular las cometidas contra el augusto Sacramento de la Eucaristía.

Así lo queremos con la confesión pública y valiente de nuestra fe católica en todas las circunstancias de nuestra vida;

con la conservación acrisolada de tu gracia y el ejemplo de una vida irreprensible;

con las oraciones, trabajos y padecimientos cotidianos;

con la entrega fervorosa al triunfo de tu causa y de tu Iglesia, mediante el influjo profesional y social que tu mano nos conceda;

con la entrega, en fín, de todos nosotros y de todas nuestras cosas, que de grado e irrevocablemente te ofrecemos y consagramos.

Apiádate, Señor, de nosotros, que estribamos, no en nuestras fuerzas, cuya flaqueza nos es bien conocida, sino en el esfuerzo y benignidad de tu Corazón, en quien confiamos. Dirígenos con tu particular Providencia, a la cual nos entregamos. Corta y cercana lo que en nosotros te desagradare. Y si alguno de nosotros anduviere pródigo de la casa paterna, olvidado de tu benignísimo y misericordioso Corazón: vuélvelo, Señor, a tus brazos de Padre; deténgase la indignación de tu justicia; reine todavía tu misericordia para que en nosotros y en el mundo entero triunfe el reinado de tu paz, de tu justicia y de tu amor.

Así sea.

CONSAGRACION
al sagrado Corazón de Jesús

¡Oh Jesús, Rey de reyes y Señor de los que dominan! Nosotros (yo)... reconocemos (reconozco) de grado tu suprema realeza sobre las naciones, familias y sociedades y sobre cada uno de nosotros en particular. Hijo de Dios y heredero del Señorío universal de tu Padre, eres Rey por derecho de naturaleza; Redentor nuestro del cautiverio en que yacíamos, eres Rey por derecho de conquista, para fundar en nosotros tu Reino de verdad y de gracia, de justicia, de amor y de paz.

De tu Corazón adorable reconocemos haber recibido el beneficio de ser llamados a tu Reino, a tu verdad y a tu gracia; de su Corazón benignísimo el haber sido liberados del fuego eterno y perdonados después de tantas caídas y cobardes defecciones; a este Corazón agradecemos el alimento eucarístico que nos sustenta y las gracias cipiosísimas que nos han alentado y esfuerzan en tu camino.

Pésanos, Señor, de haber contristado con negras ingratitudes y taladrado con punzantes espinas tu amante Corazón. Quisiéramos lavar con lágrimas y borrar con sangre de nuestras venas las ingratitudes con que hemos respondido a tu amor.

Concédenos pues, oh Jesús, por tu divino Corazón y por la intercesión del Corazón purísimo de tu Madre Inmaculada, repa-

rar nuestras ofensas y aquellas con que te ofenden los hombres tus redimidos, en particular las cometidas contra el augusto Sacramento de la Eucaristía.

Así lo queremos con la confesión pública y valiente de nuestra fe católica en todas las circunstancias de nuestra vida;

con la conservación acrisolada de tu gracia y el ejemplo de una vida irreprensible;

con las oraciones, trabajos y padecimientos cotidianos;

con la entrega fervorosa al triunfo de tu causa y de tu Iglesia, mediante el influjo profesional y social que tu mano nos conceda;

con la entrega, en fin, de todos nosotros y de todas nuestras cosas, que de grado e irrevocablemente te ofrecemos y consagramos.

Apiádate, Señor, de nosotros, que estribamos, no en nuestras fuerzas, cuya flaqueza nos es bien conocida, sino en el esfuerzo y benignidad de tu Corazón, en quien confiamos. Dirígenos con tu particular Providencia, a la cual nos entregamos. Corta y cercana lo que en nosotros te desagradare. Y si alguno de nosotros anduviere pródigo de la casa paterna, olvidado de tu benignísimo y misericordioso Corazón: vuélvelo, Señor, a tus brazos de Padre; deténgase la indignación de tu justicia; reine todavía tu misericordia para que en nosotros y en el mundo entero triunfe el reinado de tu paz, de tu justicia y de tu amor.

Así sea.

INDICE

Págs.

PROLOGO........................... 5

"Oh buen Jesús! Haz que sea sacerdote (religioso, padre, maestro, estudiante, médico...) según tu Corazón 7

Capítulo I.– Consagración................. 13

Según tu corazón, p. 13.– Entrega, consagración, p. 14.– Entrega por amor, p. 18.– La consagración en la devoción al Corazón de Jesús, p. 20.– No destruye otras consagraciones, p. 23.– Entrega al Corazón de Jesús y olvido de sí, p. 25.– Y un sacerdote más, p. 27.– Vivir la consagración, p. 28.

Capítulo II.– Reparar..................... 31

Matices y riquezas, p. 31.– Sobre todo reparador, p. 33.– Qué es reparar, p.36.– Por qué reparar, p. 37.– La reparación en la devoción al Corazón de Jesús, p. 39.– Los ejemplos de los santos, p. 41.– Un sacerdote, un religioso... con más razón... p. 43.– ¡Hermano carísimo...!, p. 44.– Por quiénes reparar, p. 45.– Cómo reparar, p. 49.

Págs.
Capítulo III.– Sé apóstol 55
Es consecuencia de la consagración y de la reparación, p. 55.– El apostolado en la devoción al Corazón de Jesús, p. 58.– Cómo ser apóstol:– Apostolado de la oración, p. 61.– Apostolado del sacrificio, p. 66.– Apostolado del ejemplo, p. 68.– Apostolado de la palabra y de la organización, p. 69.– Apostolado del amor, p. 72.– El ejemplo de los apóstoles del Sagrado Corazón, p. 75.

Capítulo IV.– Confía 79
El otro polo de la consagración, p. 79.– El nos santificará, p. 80.– Lo demuestran las razones internas de este culto, p. 82.– Qué ofrece al cristiano, esta devoción:– Una síntesis de espiritualidad, p. 84.– Centra al cristiano en el amor a Jesucristo, p. 85.– Comunica el auténtico apostolado, p. 87.– Mover los corazones más duros, p. 90.– El que confía trocará su fortaleza, p. 92– Las promesas del Corazón de Jesús, p. 96.

Capítulo V.– El amor en el cristianismo en la historia de la salvación 99
Lo que es de todos los tiempos, p. 101.–

INDICE

Págs.

PROLOGO.............................. 5

"Oh buen Jesús! Haz que sea sacerdote (religioso, padre, maestro, estudiante, médico...) según tu Corazón 7

Capítulo I.– Consagración................. 13

Según tu corazón, p. 13.– Entrega, consagración, p. 14.– Entrega por amor, p. 18.– La consagración en la devoción al Corazón de Jesús, p. 20.– No destruye otras consagraciones, p. 23.– Entrega al Corazón de Jesús y olvido de sí, p. 25.– Y un sacerdote más, p. 27.– Vivir la consagración, p. 28.

Capítulo II.– Reparar..................... 31

Matices y riquezas, p. 31.– Sobre todo reparador, p. 33.– Qué es reparar, p.36.– Por qué reparar, p. 37.– La reparación en la devoción al Corazón de Jesús, p. 39.– Los ejemplos de los santos, p. 41.– Un sacerdote, un religioso... con más razón... p. 43.– ¡Hermano carísimo...!, p. 44.– Por quiénes reparar, p. 45.– Cómo reparar, p. 49.

Págs.

Capítulo III.– Sé apóstol 55
Es consecuencia de la consagración y de la reparación, p. 55.– El apostolado en la devoción al Corazón de Jesús, p. 58.– Cómo ser apóstol:– Apostolado de la oración, p. 61.– Apostolado del sacrificio, p. 66.– Apostolado del ejemplo, p. 68.– Apostolado de la palabra y de la organización, p. 69.– Apostolado del amor, p. 72.– El ejemplo de los apóstoles del Sagrado Corazón, p. 75.

Capítulo IV.– Confía 79
El otro polo de la consagración, p. 79.– El nos santificará, p. 80.– Lo demuestran las razones internas de este culto, p. 82.– Qué ofrece al cristiano, esta devoción:– Una síntesis de espiritualidad, p. 84.– Centra al cristiano en el amor a Jesucristo, p. 85.– Comunica el auténtico apostolado, p. 87.– Mover los corazones más duros, p. 90.– El que confía trocará su fortaleza, p. 92– Las promesas del Corazón de Jesús, p. 96.

Capítulo V.– El amor en el cristianismo en la historia de la salvación................. 99
Lo que es de todos los tiempos, p. 101.–

Págs.

El amor de Dios en la historia de la salvación, según la Biblia, p. 103.– La creación y conservación, p. 103.– La elevación a ser hijos de Dios, p. 105.– El perdón de la ingratitud humana, p. 106.– Anuncio y encarnación del Salvador, p. 107.– La redención, p. 108.– El misterio pascual, p. 109.– Los sacramentos, p. 110.– La Eucaristía y el sacerdocio p. 111.– La Iglesia y la Virgen Santísima, Madre de la Iglesia, p. 112.– Resumen, p. 114.

Capítulo VI. Entronque evangélico de la devoción al corazón de Jesús 117
El corazón símbolo, p. 121.– El símbolo en la cultura de hoy, p. 122.

Epílogo 129

Consagración al S. Corazón de Jesús 131

Págs.

El amor de Dios en la historia de la salvación, según la Biblia, p. 103.– La creación y conservación, p. 103.– La elevación a ser hijos de Dios, p. 105.– El perdón de la ingratitud humana, p. 106.– Anuncio y encarnación del Salvador, p. 107.– La redención, p. 108.– El misterio pascual, p. 109.– Los sacramentos, p. 110.– La Eucaristía y el sacerdocio p. 111.– La Iglesia y la Virgen Santísima, Madre de la Iglesia, p. 112.– Resumen, p. 114.

Capítulo VI. Entronque evangélico de la devoción al corazón de Jesús 117
El corazón símbolo, p. 121.– El símbolo en la cultura de hoy, p. 122.

Epílogo 129

Consagración al S. Corazón de Jesús........ 131